

LA HACEDORA DE CASTILLOS

Iba y venía la hacedora de castillos de un lugar a otro. Cada población que visitaba oía sus sueños hechos realidades en su cabeza. La hacedora de castillos vivía en un mundo de color y amor, tan ajeno al mundo triste y de cartón de los pobladores de las ciudades que visitaba. La hacedora de castillos comenzaba su pregón en la plaza pública de la urbe y acababa el mismo en la unidad psiquiátrica de dicha población. Era una incomprendida, a la que solo escuchaban con rigor los enfermos del psiquiátrico.

Llegó la hacedora de castillos a una pequeña ciudad del norte de España. Comenzó su pregón en la plaza del ayuntamiento. La gente se paraba unos segundos, se reía y marchaba entre extrañada y divertida. Al poco tiempo, una uvi móvil llevaba a la hacedora de castillos al hospital, concretamente a la unidad psiquiátrica. El primer día de su estancia allí, tras los pertinentes estudios hechos por los médicos, la hacedora de castillos cogió su mochila, se sentó en la sala de estar, que servía también de comedor, y comenzó a dar su discurso. Al poco tiempo tres enfermos la rodeaban. El primero de ellos decía ser Napoleón, el más grande estratega de la historia de la humanidad. El segundo decía ser el Sumo Pontífice, y el tercero decía ser un gran noble y terrateniente español que puso la primera pica en Flandes: el Duque de Alba. La hacedora de castillos les decía que tenía prisa, mucha prisa, ya que debía de llegar en punto a su castillo para la hora de la cena. Los tres personajes le preguntaron a la vez si de verdad vivía en un castillo, a lo que ella contestó que sí, que no solo vivía en un castillo sino que había nacido en el mismo, ya que era de regio abolengo. El gran estratega le preguntó, llevado por el afán de su especialidad, qué métodos de defensa tenía su castillo, si tenía acaso un cauce de agua que lo rodease. La hacedora de castillos contestó que sí, que en efecto su castillo tenía un río que lo rodeaba. El gran estratega asintió tranquilo y dijo que los cocodrilos suponían una buena arma disuasoria para el enemigo y que se congratulaba por ello de que los tuviera. Entonces, la hacedora de castillos le contestó que era verdad el que tuviese una gran acequia de agua rodeando el castillo, pero que no tenía ni por lo más remoto a

peligrosos cocodrilos, con sus grandes fauces abiertas, dispuestas a devorar al enemigo, sino que en su río se deslizaban bellos cisnes a los que alimentaba todas las mañanas con las sobras del pan del desayuno de todos sus lacayos. Entonces el estratega le dijo que ciertamente era una mujer que no debía de tener mucho juicio. Si no tienes cocodrilos, añadió, al menos tendrás cañones. Sí claro que los tengo, le contestó la hacedora de castillos. Bueno, le dijo el gran estratega, me quedo más tranquilo al saber que si viene el enemigo, podrá ser disuadido con cientos de cañonazos ¡Qué va!, exclamo la hacedora de castillos. Mis cañones no tiran bolas de fuego, sino confetis cada vez que se anuncian la próxima fiesta que se dará en el castillo. El estratega, entonces, volvió a pensar que era una mujer de muy poca sesera. Pero, en una mala, tendrá arqueros que tiren hirientes flechas que abatan al enemigo. Sí que los tengo, aseveró la hacedora de castillos. A lo que el gran estratega sonrió satisfecho. Algo es algo pensó para sí. Pero mis arqueros tienen hirientes flechas, añadió la hacedora de castillos, pero no que provoquen una simple muerte. Mis arqueros tienen flechas de amor, de las de Cupido, con las que los afortunados que las reciban se enamoraran en el transcurso de la fiesta a la que acudan de mi castillo. El gran estratega, ante esta afirmación, se fue desencantado y pensó que ciertamente la dueña del castillo no estaba en su sano juicio.

Le llegó el turno al Sumo Pontífice. Éste le preguntó si el castillo estaba bendecido, a lo que la hacedora de castillos le contestó que no. Entonces el Sumo Pontífice, un tanto escandalizado, le sugirió la idea de que la hacedora de castillos le diese la oportunidad, si algún día se encontraba en su moradas, de bendecirlo como es natural con agua bendita, a lo que la hacedora de castillos le dijo que de ninguna manera, que su castillo ya se bendecía con agua todas las veces que llovía. El Sumo Pontífice hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y luego le preguntó si al menos tenía una capilla en el castillo, a lo que la hacedora de castillos le contestó que un altar con una capilla no, pero que en lugar de esto había en el castillo un escenario de teatro como altar, en el que los músicos se ponían a tocar durante los días de fiesta, y una sala de baile como capilla, donde los invitados bailaban al son de la música. Ante estas afirmaciones el Sumo Pontífice también pensó que la hacedora de castillos no estaba

en su sano juicio y la dejó.

Entonces le llegó el turno al gran terrateniente y le pregunto que qué cultivos producía en sus tierras, a lo que la hacedora de castillos le contestó que en su hacienda cultivaba cientos y cientos de rosas de todos los colores posibles. El terrateniente, escandalizado, le dijo que las rosas no servían para comer. El terrateniente no desistió del empeño de poner un poco de orden en lo que él creía que era una casa de locos y le preguntó si al menos tenía espantapájaros y, de no tenerlos, le ordenaba que hiciese el favor de ponerlos, si no quería que los pájaros picoteasen todas las rosas. La hacedora de castillos le contestó que no tenía espantapájaros, sino un músico que iba tocando el laúd entre las rosas para que éstas crecieran mejor. El gran terrateniente, al oír esto, juzgó a la hacedora de castillos como a una mujer sin juicio y la dio por perdida.

Marcharon los tres de la vera de la hacedora de castillos: el gran estratega, el Sumo Pontífice y el gran terrateniente, y la hacedora de castillos miró su reloj. Ya eran las tres de la tarde y seguramente sus lacayos ya estaban esperándola para la comida. Como la hora de la comida ya estaba perdida, decidió partir cuanto antes para no perderse al menos la cena. La hacedora de castillos salió con gran dignidad de la sala y camino por todo el pasillo hacia la puerta de salida. Como vio que estaba cerrada, comenzó a protestar hasta tal punto que la tuvieron que reducir dos grandes y corpulentos guarda jurados y una enfermera. Tras dominarla, la ataron a una cama y la pusieron una inyección con la intención de dormirla. Pero ella seguía despierta, con los ojos abiertos como platos, ideando un plan para retornar a su castillo. Entonces pensó que, cuando la desatasen por la noche, cogería las llaves de la puerta de salida, con gran precaución de no despertar al enfermero, el cual tenía la mala costumbre de echar una cabeza en el transcurso de su turno y con sigilo saldría por la puerta de salida. Pasaron las horas y dos enfermeros desataron las correas que tenía en las extremidades la hacedora de castillos. Ésta se incorporó y acto seguido se aseó y vistió cuidadosamente, ya que esa noche había organizado una fiesta en su castillo y sus sirvientes seguramente la estaban preparando con gran dedicación. La hacedora de castillos avisó al gran estratega, al Sumo Pontífice y al gran terrateniente de que

estaban invitados a la fiesta que se organizaba esa noche en su castillo, por lo que se pusiesen sus mejores ropas para la gran gala. Los representantes de los tres estamentos sociales medievales fueron informando a los demás enfermos que estaban invitados a la gran fiesta que esa noche la hacedora de castillos daba en su morada, por lo que tendrían que escaparse esa misma noche de la unidad psiquiátrica. Llegaron las ocho de la noche y todos estaban preparados en sus habitaciones a la espera de que la hacedora de castillos diera la voz de alarma para que se dispusiesen a caminar a lo largo del pasillo en busca de la puerta de salida. La hacedora de castillos, con gran sigilo, cogió las llaves del puesto de vigilancia mientras el enfermero daba una gran cabezada. La hacedora de castillos, una vez cogidas las llaves, avisó a los tres grandes personajes de la humanidad y estos fueron advirtiendo a los enfermos más próximos, formando una cadena, donde la primera era la hacedora de castillos y el último un joven alto y escuálido como ojos saltones, que parecía la viva imagen de Don Quijote, que se deslizó por el pasillo hasta la puerta de salida. Delante de todos estaba la hacedora de castillos, que introdujo con gran cuidado las llaves en el bombín de la puerta de salida, abriendo ésta sin menor dificultad para que, acto seguido, los demás enfermos fueran saliendo. Todos los enfermos, a excepción de los tres representantes de los tres estamentos sociales y la hacedora de castillos, estaban vestidos con un camisón blanco. Iban por la calle sin llamar la atención porque ese día daba la casualidad que se celebraba el carnaval. El gran estratega preguntó que dónde estaba ubicado el famoso castillo y la hacedora de castillos, con cierta angustia, le dijo que siguiera calle abajo. Todos descendieron una cuesta y la hacedora de castillos cada vez estaba más nerviosa, puesto que no sabía cómo salir del atolladero donde se había metido. Fue ahora el Sumo Pontífice el que le preguntó, un tanto asqueado, que dónde estaba su castillo, pues no lo encontraban y ya habían andado mucho. La hacedora de castillos le dijo que giraran a mano derecha y así lo hicieron. Seguían caminando y los enfermos protestaban porque habían andado mucho y todavía no habían llegado al castillo. Entonces la hacedora de castillos vio el cielo abierto cuando se topó con una gran edificación, delante de la cual había una fuente y por los alrededores campaban a sus anchas varios especímenes de pavos

reales. Ahí es, dijo la hacedora de castillos, señalando hacia el lugar descrito. Mis sirvientes ya deben de estar con todo preparado, esperándonos, porque veo las luces de todas las estancias encendidas. Entonces todos se dirigieron hacia la puerta principal del supuesto castillo. El gran estratega le dijo extrañado: ¿pero no habías dicho que tu castillo estaba rodeado por un río donde habitaban cisnes? Bueno, en realidad, no tiene un río sino una fuente, ni cisnes sino pavos reales, pero es mucho más original así, ¿no te lo parece? Tenía miedo que os pareciese un castillo un tanto extravagante y que no quisieseis venir a él. El gran estratega se encogió de hombros y prosiguió andando, junto con el grupo, hacia la puerta de entrada. La hacedora de castillos al ver que había un hombre, que parecía un botones, a la puerta de la edificación, fue cuando se dio cuenta que eso era un hotel y comenzó a ponerse nerviosa porque no sabía cómo salir del atolladero. Entonces, se le ocurrió lo siguiente: escuchad, les dijo, mi castillo ha sido tomado por el enemigo. Os ruego que me ayudéis a recuperarlo. Fue lo único que se le ocurrió en ese momento, ocurrencia que, después de todo, fue la mejor que pudo tener, pues los enfermos la creyeron a pies juntillas. Entonces decidieron abordar al botones y atarlo a una silla del hall del hotel y así lo hicieron. Mientras estaban en el hall, atando al botones, se oía música de lejos y parecía que toda la gente del castillo estaba donde la música, pues también se oía cierto bullicio lejano. La hacedora de castillos, siguiendo el rastro de la música, les dijo a los enfermos. Atended, entraremos en el salón de baile de mi castillo y allí ataremos y amordazaremos a los que han invadido mi morada y ahí se divierten. Tras recibir la orden de la hacedora de castillos, los enfermos se pusieron de acuerdo y, con las servilletas del comedor en el que ahora estaban y la infinidad de cordeles que ataban las innumerables cortinas de las ventanas de hotel, entraron en el salón de baile, tras lo cual los músicos no dejaron de tocar por estar embebidos en sus partituras y porque ya se sabe que éstos son gente bohemia. El gran estratega ordenó a todos los enfermos que se abalanzasen sobre los invitados y que los despojasen de sus ropas, poniéndoles a éstos las ropas de los enfermos y poniéndose los enfermos a continuación la ropa de los danzantes para a continuación amortajarlos y atarlos a las sillas del gran salón. Así lo hicieron mientras que los músicos, con sus generosos

corazones de artistas, aún continuaban tocando. Entonces los enfermos comenzaron a bailar de un lado para otro y a picotear entre las mesas colocadas en los laterales del salón. Fue cuando el Sumo Sacerdote le dijo a la hacedora de castillos que ésta tenía razón al decir que su castillo tenía por capilla una sala de baile y por altar un escenario, a lo que la hacedora de castillos, orgullosa y feliz, le dijo que ella era una mujer de palabra, realista y no una fanfarrona paranoica. Al hilo de la conversación se unió el gran terrateniente y le dijo a la hacedora de castillos que se veía desde las ventanas los maravillosos cultivos de rosas que había en el patio interior, a lo que la hacedora de castillos contestó con gran satisfacción que su castillo era el más hermoso en cientos de kilómetros a la redonda. La hacedora de castillos, en un aparte con el estratega, le dijo que qué harían con los invitados que ahora estaban amordazados, a lo que el gran estratega le respondió que le dejara a él la solución que ya tenía ideada. Al cuarto de hora, varias ambulancias llegaron al hotel-castillo. El gran estratega les comentó que ya era hora de que viniesen, pues habían tenido que amordazar a un grupo de majaderos que habían interrumpido su fiesta. Las ambulancias recogieron a los amordazados y los llevaron a la unidad psiquiátrica del hospital mientras la hacedora de castillos, las tres personalidades que le acompañaban, y el pueblo llano disfrutaban de una gran fiesta de carnaval. La hacedora de castillos guiñó el ojo desde un extremo de la sala al otro, donde se encontraba el gran estratega y éste, con cierta picardía, le respondió al guiño con otro. Mientras en la unidad psiquiátrica desamordazaban a las más destacadas personalidades de la ciudad, que habían ido al hotel de cinco estrellas de más raigambre de la ciudad. Uno decía que era el alcalde, el otro que el gobernador civil, otro el arzobispo y todos, indignados, les decían a los ignorantes enfermeros que hicieran el favor inmediatamente de sacarlos de allí porque les iba a caer una muy buena sino les soltaban en el acto. Los enfermeros, entre condescendientes y con cierta sorna, les decían que no se preocupasen por el trato que iban a recibir, pues ya estaban acostumbrados a tratar con grandes personalidades como el mismísimo Napoleón, por poner un ejemplo.